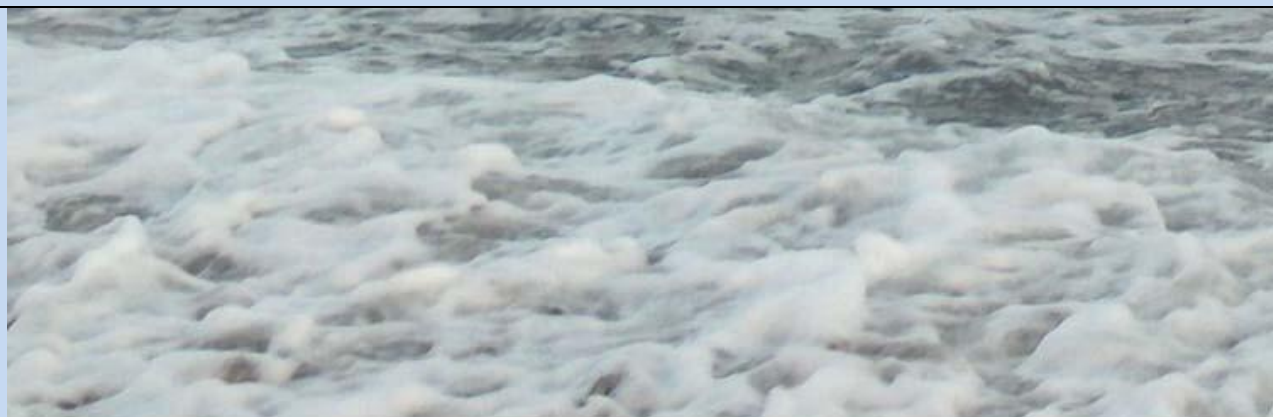


Escribir sin papel

Relatos fantásticos



LA EMPRESA DE BENITO ADUNA

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



LA EMPRESA DE BENITO ADUNA

Durante los años en los que trabajé en la empresa de Benito Aduna, iba muy a menudo al bar Salamanca. Los turnos de trabajo en la fábrica eran agotadores y el trabajo que se hacía allí era una repetición permanente de movimientos en una máquina. Casi no hablábamos. Había días que no hablaba nada de nada con ningún compañero.

Cuando salía a las ocho de la tarde iba al Salamanca para ver gente, para poder oír las voces de la gente. Siempre en la barra, de pie, pegaba la hebra con cualquiera que tuviese algo que contar. Algunos me contaban recuerdos, otros me contaban ilusiones; muchos, intimidades; algunos, mentiras.

Uno que trabajaba de mantenimiento en la estación del tren se me acercó un día y después de una conversación muy escueta para conocernos sin decirnos nuestro nombre, me contó la vida de su pobre mula. Era un hombre de campo, venido ya mayor a la ciudad. El hombre era hijo de un pastor, aunque él había servido desde pequeño en la casa del dueño del rebaño. Allí atendía a las bestias de servicio, mulas, cerdos, un caballo,...

El amo compró un día una mula para sustituir a la que tenían, que estaba ya muy vieja. Pero lo engañaron, porque la mula nueva era casi ciega y no daba un paso por temor a tropezarse o caerse. Así que el animal no servía para nada.

El destino que esperaba a una mula ciega era bastante negro. El muchacho le cogió cariño. No como cogen cariño los chicos a los animales, sino porque le resultaba fácil cuidar de un animal que apenas se movía y que obedecía las pocas órdenes que le daba.

El muchacho le hablaba mientras le daba el pienso y de cuando en cuando la sacaba afuera del establo a caminar un poco. Cada día un poco más lejos, cada día un poco más atrevida la aventura.

Al final, cuando el amo ya había decidido sacrificarla, resultaba que la mula

se conocía de memoria las pocas rutas de su establo a la fuente, de la fuente a la casa, del río al taller de coches. Sólo con hablarle de la fuente, la mula echaba a andar hacia allí.

El amo vio que podía servir y la indultó, si se dice eso de las mulas como de los toros. Así que el muchacho, ahora un hombre ya mayor, se sentía orgulloso cuando me contaba la historia de su mula. La mula que él había salvado.

Pero al acabar se preguntaba si había estado bien. La salvó, sí, pero a costa de convertirla en una esclava. La salvó por el cariño que le había cogido, cuando la mula no había hecho nunca nada por ganarse ese cariño más que cumplir cabizbaja todo lo que se le ordenaba.

Una tarde, en pleno invierno, me retrasé bastante a la hora de salir del taller, porque una máquina había dejado de funcionar y estuve intentando arreglarla. Al salir fui recorriendo las salas de trabajo hasta llegar al pasillo de salida. No quedaba nadie. En la puerta me esperaba Sanchís, el conserje. Salí y esperé a que cerrara para alejarnos juntos de la fábrica.

Comenzamos una conversación sin gracia sobre lo viejas que eran las máquinas. Al pasar por el Salamanca, me despedí de él. Pero él entonces me dijo que se tomaría un vino conmigo. Tal cual, sin querer saber si yo tenía una cita o si quería estar solo.

Por lo que yo sabía de este hombre, no había sido afortunado. Entonces no sé si fue por compasión o fue por mi propia necesidad de compañía, pero con mucho gusto le dije que estaba encantado.

Estuvimos sentados. Me dijo que él pasaba todo el día de pie, yendo a un lado y a otro, llevando pequeños paquetes, papeles, material a veces. Y estaba muy cansado. Tenía las piernas cansadas, cojeaba y no movía un brazo. Así que

ocupamos una de las mesas, que ya estaban casi todas ocupadas.

La charla fue muy amena. Sobre todo me contó cosas de su tierra. Que si cómo hacen el cocido, que si el vino blanco, que si la feria en septiembre, que si la manera de salir a cazar codornices,... Yo también le pude contar algunas cosas para corresponder. Hasta que llegó a los toros. Como no sé nada ni me gustan, me dio un primer paquete de lecciones sobre tauromaquia. No le presté mucha atención.

Al cabo de una hora, nos levantamos y cada uno se fue a helarse en el camino a su casa.

Una compañera de la oficina me había contado la historia de Sanchís. Por lo visto, había sido un agente comercial, llevaba un grupo de vendedores de productos cosméticos. Él organizaba las ventas en toda la zona del Levante, de manera que viajaba continuamente. Ganaba mucho dinero y además presumía de ello.

En Madrid, donde vivía porque la empresa así se lo exigía, su mujer y sus hijos tenían un nivel de vida como correspondía. Buenos colegios, gustos caros y relaciones más caras todavía. Luego, de vez en cuando, viajes de la pareja a excéntricos destinos, como a cazar a Siberia o a bucear en Las Antillas.

Precisamente en una de esas aventuras, buceando en el Caribe, tuvo un accidente. Por lo que fuera, dejó de respirar bajo el agua y perdió el conocimiento. Cuando lograron sacarlo, siguió inconsciente y así estuvo varios días en un hospital. Al despertar, tal como volvió a la vida se lo llevaron a España. Y aquí estuvo otros dos meses hospitalizado.

Cuando pudo volver a su casa, caminaba con dificultad, no oía por el oído derecho, le costaba pronunciar algunos sonidos y, sobre todo, no movía en absoluto el brazo derecho.

Esta merma le impedía conducir. Propuso a su empresa que le recolocaran, pero no fue posible. Allí sólo había jefes, viajantes y vendedores. Un impedido no cabía.

A sus cuarenta y cuatro, se vio despedido y sin grandes facultades para encontrar un empleo.

Se acabaron los gustos caros, los colegios y las relaciones pijas. Y en ese nuevo escenario, también se acabó el cariño de su mujer. Se le hizo un mundo lo de cuidar para siempre de un minusválido, y encima buceando en la pobreza. Se largó de la casa y se llevó con ella a los chiquillos.

Sanchís, al verse inútil, pobre y solo, sucumbió a una profunda tristeza que trató sin entusiasmo la psiquiatra de la Seguridad Social. Lo del intento de suicidio, aunque también me lo contó la compañera, pienso que es una exageración. De todas maneras, da igual.

Aquella vez que fuimos juntos al bar y hablamos más de una hora, el conserje no hizo mención alguna de todo esto. Ni su familia, ni su pasado de riqueza. Como si en toda su vida no hubiese conocido otra cosa que mediocridad, estrecheces y toros. Y yo lo iba escuchando y pensaba en su historia real. Y luego, caminando hacia mi casa, me imaginé cómo tiene que ser eso de abrir los ojos después de saber que has estado muerto.

La compañera que me contó lo del conserje Sanchís se llamaba Ana Rosa. Tenía treinta y tantos años, pero vivía sola. Me extrañaba que viviera sola, porque era muy simpática y muy abierta de carácter.

Algunas veces se acercaba a mí y charlaba un poco, a menudo comíamos el bocadillo juntos. Una vez quedamos para vernos el domingo y entrar a ver una película al cine. En el cine yo me reí mucho, vimos una comedia muy divertida.

Al salir, tomamos algo en una cafetería. Hablábamos los dos, pero sobre todo era ella la que contaba una cosa tras otra. Tenía mucha facilidad para terminar una historia y enlazarla con otra, de manera que estar con ella era muy agradable.

Al cabo de un rato, con la consumición ya terminada, se quedó en silencio mirando a una mujer que había entrado en la cafetería. La mujer iba pidiendo limosna. Cuando llegó a nuestra mesa, reconoció a Ana Rosa y las dos se saludaron. Ana Rosa la invitó a sentarse, pero la mujer rehusó el ofrecimiento y la breve conversación sucedió así, una sentada y la otra de pie.

Ana Rosa le preguntó si le iba bien, si necesitaba algo. Pero por más que le

preguntaba, la mujer no contestaba más que con sí o no y con una gran sonrisa, añadiendo inmediatamente otra pregunta a la joven. Yo las miraba a las dos sin abrir la boca. Cuando se despidió, Ana Rosa le dio un beso en la mano y la obligó a que aceptara una cantidad de dinero.

Ya solos otra vez, no hizo falta que yo le preguntara nada: ella me contó toda la historia completa.

La mujer era su madre. Estaba trastornada. Nunca había estado del todo bien, porque siempre había tenido episodios de enajenación. Sus crisis nerviosas habían dado un decorado muy particular a la infancia de Ana Rosa. Pero desde hacía seis o siete años sus obsesiones habían vencido en su cabeza a la parte más razonable. Por fin, un día dejó su casa y fue imposible hacerla volver.

Su locura más llamativa era la manía de pensar que todo el mundo la insultaba. Si pasaba junto a un grupo que estaba tomando algo en una terraza, creía que habían comenzado a hablar de ella, que estaban diciendo, por ejemplo, que olía mal. Unas veces se avergonzaba y aceleraba el paso hasta sentarse sin resuello en un banco, y otras veces se encaraba con el grupo aclarando a voces que se acababa de duchar y recriminándoles su desvergüenza.

Había sido maestra. Ya estaba retirada, pero los últimos cursos habían sido una sucesión de despropósitos. Continuamente llamaba a los padres de los alumnos a quejarse de que su hijo la había llamado sucia o guarra en medio de la clase. Los niños asistían a la charla estupefactos. Los padres, avisados después de tantas veces, la escuchaban educadamente y olvidaban el suceso.

En unas elecciones, cuando entregó su sobre a la presidenta de la mesa, consideró que ésta demoraba mucho el momento de meterlo en la urna. A gritos, le empezó a reprochar que no lo metiera, que si era porque lo veía sucio, que ella tenía las manos recién lavadas y su sobre estaba limpio. Hubo que llamar al policía de la puerta y acompañarla hasta la calle.

Con la cabeza perdida, al morir su marido, decidió irse de su casa. Y como aparentemente estaba normal, como sólo tenía comportamientos llamativos de vez en cuando, no se pudo hacer nada. Vivía en la calle. Aunque tenía su cartilla y su tarjeta del banco y las usaba regularmente, muchos días salía pidiendo limosna. Ana Rosa suponía que olvidaba quién era, pero aparentemente eso no era así. Yo me atreví a decir que a lo mejor era una manera de buscar la comunicación con la gente. Ana Rosa entonces se echó a llorar.

Volvimos a nuestra conversación. Ya empezaba a ser tarde. Salimos de la

cafetería y dimos un paseo corto antes de llegar a su portal. Me invitó y subí con ella a cenar algo. Dormimos juntos.

Por la mañana del lunes, ella me pidió que yo saliera antes, que no fuéramos a llegar juntos al taller. Yo llegué primero y vi que ella se sentaba a su mesa unos minutos después.

El propio Benito Aduna en persona bajó un día al taller. En mangas de camisa. Parecía alterado por algo. Se plantó en medio de las máquinas y, como era algo raro, todo el mundo se quedó quieto mirándolo y esperando a ver qué tenía que decir. En cuanto abrió la boca, todos supimos lo que pasaba. Simplemente preguntó si alguno sabía de ordenadores. Su desesperación era la desesperación del que no encuentra cómo hacer que el ordenador haga lo que se espera que haga.

Esperé unos segundos. Vi que nadie contestaba. Así que le dije que yo sabía algo. No le dije que era ingeniero técnico en informática. Pero con una orden sencilla, me dijo que le siguiera hasta su despacho.

Allí, me señaló con las dos manos abiertas el ordenador y me pidió que lo hiciera andar como es debido. Tardé un par de minutos. Estaba bloqueado y hubo que reiniciarlo. Abrí, a petición de Aduna, el programa del correo. Todo funcionaba correctamente. Y él entonces, entusiasmado, me fue leyendo todos los mensajes que le iban llenando la bandeja de entrada. Había por lo menos dos docenas de correos de todas partes y todos tenían el mismo asunto: pedido/abono de materiales.

–¿Tú sabes cómo se dice cremallera en inglés?– me preguntó. Le dije que alguna vez había oído la palabra zip refiriéndose a la cremallera, pero que no estaba seguro.

–¿Y en francés?– continuó con sus preguntas. –¿Y cómo se dice en alemán

cremallera? ¿Y en italiano?

Yo sonreía bobamente y negaba con la cabeza. No tenía idea de cómo se dice cremallera en esas lenguas.

–Yo tampoco lo sé, –me dijo por fin–. Y a pesar de no tener ni idea de eso, sirvo pedidos de cremalleras a Inglaterra, a Italia, a Francia y a muchos países. Hay cosas, como las fallebas, que no sabía cómo se llamaban en español hasta que empecé a fabricarlas. Y ya me ves.

Algún comentario más, un minuto a lo sumo, y me volví a mi trabajo.

Él se quedó en su despacho, leyendo los correos antes de que Ana Rosa o alguien de la oficina los volviera a leer, esta vez entendiéndolos, y cursara los pedidos o enviara las facturas. Aduna, ya tranquilo y sin problemas técnicos, se solazaba sólo con ver hasta dónde llegaban los límites de su emporio.

Era un hombre rico. Lo había sido siempre, porque su padre ya tenía una ferretería que le daba un capital mayor que el de cualquier otro comerciante de la ciudad. Pero Benito había sido mal estudiante y no aprovechó el internado con los Escolapios. Presumía de ello. Presumía en su conversación, pero sobre todo presumía en sus costumbres. Invitaba siempre, usaba cochazos alemanes, fumaba puros, se reía con risotadas fuertes, para que todos supieran que le iba bien.

Le gustaba decir que era un industrial. “Nosotros, los industriales”, decía. Y parecía que ellos, los industriales, sostenían el mundo sobre sus hombros y lo hacían andar, mientras la legión de vagos y parásitos iba subida sin preocupaciones, dejándose llevar.

Se había casado tres veces. Su segunda mujer había muerto, pero las otras dos, de las que estaba divorciado, eran conocidas como las Adunas. Además eran muy amigas y salían siempre juntas. Por supuesto, Aduna las había conocido en los círculos de los adinerados. Entre ellas habían sido amigas siempre.

Las Adunas se paseaban por la calle repletas de joyas y luciendo permanentemente un moreno artificial de cremas y rayos UVA. Tenían la misma edad que Benito Aduna, rondaban los cincuenta y cinco. Una de ellas, Mari Carmen Sastre, había sido actriz de joven. Siempre se mostraba como una diva y hablaba como impostando la voz y movía las manos con gestos estudiados delante del espejo.

Benito Aduna ahora vivía solo. No tenía hijos de ninguna de sus tres mujeres. Vivía en una casona en el centro. Tenía dos asistentes que le llevaban la casa y que se encargaban de difundir cada novedad que hubiera comprado el

dueño: un jacuzzi, otro televisor de plasma para el dormitorio, un sistema automático de cierre de persianas,... lo que fuera.

–Nosotros, los industriales, estamos expuestos a todas las crisis.– Esa era su frase favorita. La decía inclinando hacia atrás su cabeza calva, haciendo un alto arco con sus cejas negrísimas. Entonces, para subrayar el peligro en el que estaba y la soltura con la que él lo iba sorteando, daba una larga chupada a su habano.

Tantas veces iba al bar Salamanca que acabé haciéndome amigo del camarero. O por lo menos, conocido. Y esto no era cosa fácil tratándose de Rafa, porque era muy reservado con los clientes. Delgado y pálido, su cara y su expresión te hacían pensar inmediatamente en Buster Keaton. A veces servía lo que le pedían sin abrir la boca ni decir una sola palabra.

Y aun siendo así, algunas veces conmigo seguía una conversación. Como había trabajado durante algunos años en el taller de Benito Aduna, me preguntaba por cosas de dentro o por la gente que trabajaba allí. Yo contaba lo poco que sabía, porque no me fijaba en mis compañeros ni solía enterarme de las cosas que les pasaban. Y para cuando yo me enteraba de algo, entonces es que ya lo sabía todo el mundo.

Él no parecía interesarse por nadie, pero creo que llegaba a enterarse de todo lo que pasaba, y además, de alguna manera, contribuía a difundir las noticias.

A mí me contaba historias antiguas, de hacía más de diez o quince años, cuando él y su amigo Sito tenían menos de veinte.

A Sito me lo presentó Rafa, aunque yo ya lo había visto mucho antes. Se llamaba Luis, pero era siempre Sito. Con solo verlo una vez bastaba para comprender que estaba algo mermado, sonado, como dicen de los boxeadores.

Sonreía siempre, y hablaba sin parar. Cada frase la terminaba con un resoplido, porque casi nunca encontraba palabras con las que acabarla. Su discurso parecía un manuscrito al que le faltara el final de cada línea. Pero al fin y al cabo lograbas comprender lo que te contaba.

Los dos, Rafa y Sito, eran amigos desde muy pequeños. En la adolescencia compartieron las aficiones, oían la misma música, iban juntos a los bares y empezaron a la vez en el consumo de hachís. Lo de los canutos llegó a ser el eje central de su día a día.

Por entonces, Rafa, al salir del instituto, se colocó en Benito Aduna. Con los primeros sueldos pagaba sin problemas su chocolate y el de su amigo. Sito no había trabajado nunca. Entonces, cuando yo los conocí, hacía trabajos por aquí y por allá, pero nada de sueldos. Así que por las mañanas Rafa trabajaba y Sito dormía; y por las tardes los dos se ponían ciegos en casa de Sito.

Vivía solo. Sus padres, que en realidad no habían hecho nada especial con él, ni bueno ni malo, no pudieron asimilar que su hijo fuera un mal estudiante, un vago, desinteresado por lo que a ellos les interesaba, y finalmente drogadicto. No se les ocurrió que podían ayudarle. Simplemente prefirieron dejar que se fuera de la casa o invitarlo a que se fuera de la casa.

Sito iba a comer con sus padres a veces. Llevaba ropa sucia y la dejaba hasta la siguiente visita. Con sus padres veía la tele sin conversar sobre nada.

Por aquellos años, Rafa y Sito quisieron cumplir un sueño común, viajar unos días al norte de Marruecos y dedicarse solo a fumar canutos de hachís y de marihuana. Lo consiguieron. Cogieron el tren y cruzaron el Estrecho en el ferry. Junto con otros jóvenes llegaron a Ketama y, como no consiguieron sitio para dormir, decidieron irse a Chauen.

En Chauen pasaron los diez mejores días de sus vidas. Vivieron como en una hermandad universal de amor y felicidad. Estaban colgados de la mañana a la noche. Hicieron amistad con marroquíes y españoles, amistad para siempre, aunque no los hubieran vuelto a ver. Cuando el dinero no estiró más, se volvieron a España.

Al contarme la historia entre los dos, no dejaban de recordarse detalles que les hacían reír, y acabar la risa con un bamboleo afirmativo de la cabeza. Y ese tono amigable y ese buen humor cambió de golpe cuando llegaron en su relato a la aduana española.

Ellos –eso me dijeron– no quisieron pasar la frontera con nada encima.

Después de tantos días, no era preciso continuar la marcha arriesgando la cárcel. Pero pasaron el puesto tan ciegos que apenas podían entender lo que les decían.

Los guardias los retuvieron en un despacho especial de cacheos e interrogatorios. Ellos reían bobamente por efecto de los nervios y de la droga. Hasta que los guardias se cansaron. La somanta de palos que les cayó encima les devolvió a lo peor de la realidad.

Rafa me dijo a solas que Sito no volvió nunca a estar en sus cabales. Dijo que de la paliza lo dejaron grogui. Puede ser. Después de aquello, Rafa no quiso probar jamás un canuto. Pero Sito, sin más motivos para despertarse que fumarse un porrito, seguía enganchado. Había visto la cárcel más de tres y cuatro veces, siempre por hurtos menores, peleas y cosas así.

A mí me cogió un cariño especial. Yo le pagaba su cerveza mientras él me contaba historias que había visto o peripecias de la cárcel o de los colegas de la cárcel. Algunas veces, cuando hacía alguna chapuza o caía algo que le proporcionara un dinero, corría al Salamanca y me buscaba para invitarme. Esos días estaba tan contento que hablaba el doble. Para mí era todo un placer.

Un día me llamó una antigua compañera de estudios. Era verano. Quedamos en vernos en Madrid una tarde, un sábado. Comimos juntos, pasamos la tarde juntos y dormimos juntos en su casa.

El domingo por la mañana me desperté al clarear el día. Tuve la sensación de que allí no pintaba nada, así que me levanté, me vestí y me fui de la casa sin despertarla, sin despedirme.

Cogí el tren y llegué cerca de las doce. Diez minutos después estaba entrando en el salamanca para desayunar. Pedí un café y una tostada con aceite. Desayuné pensando en la noche anterior, sin fijarme en los demás clientes del bar. Al terminar, me sentí despierto y tranquilo.

Me giré entonces y vi que había bastante gente. En la terraza, el sol daba en la mitad de las mesas. Sobre una de ellas, tres o cuatro avispas habían acudido

a los restos de mermelada de un desayuno. Los que ocupaban otra mesa, las miraban sin hablar, temiendo convocarlas con su charla.

Dentro había un grupo de hombres jugando al dominó. Los cuatro daban sorbos a sus copas de coñac o de ponche. Otros dos, con la copa en la mano, atendían a las jugadas de pie, detrás de los jugadores. Uno de estos espectadores era Sanchís, el conserje. Tenía su copa vacía en la mano izquierda.

Al acabar la partida, Sanchís se me acercó. Quiso invitarme a tomar algo para iniciar una conversación. Pedí una cerveza que, con el café tan reciente, me supo a rayos. Él tomó un vino.

Hablamos un poco de las cosas de la fábrica, de la gente que trabajaba en ella. Como ninguno de los dos llevábamos mucho tiempo y además no éramos de la ciudad, apenas conocíamos a nadie, aparte de verlos trabajar allí cada mañana.

Así que poco a poco él comenzó a contarme sus cosas. Pidió otro vino. Se le iba soltando la lengua.

Me contó que él vivía de alquiler en un pequeño estudio, en el centro. La dueña del estudio y de otros pisos más del mismo bloque, era una tal señora Mari Carmen. Me contó que la mujer tenía algo menos de cincuenta años y que se conservaba como si tuviera treinta. Él pensaba que era viuda, porque hablaba siempre en pasado de su marido y desde luego vivía sola. Sanchís se imaginaba una tragedia vivida por esa mujer, sin la ayuda de hijos para sobrevivir al desconsuelo.

El caso es que Sanchís estaba enamorado de ella. Según contaba, se había ido enamorando poco a poco. Como los dos estaban solos, a veces se visitaban y charlaban de esto y de aquello. Él le había hecho regalos siempre. Finalmente, le había propuesto relaciones. Pero ella, que parecía sentir también una gran atracción hacia él, no terminaba de darle el sí.

Sanchís, mientras lo contaba, dejaba la vista clavada en el aire. Creo que por su gusto hubiera echado alguna lagrimita, pero no ocurrió. Seguía hablando y contando lo mal que lo estaba pasando durante todos esos meses.

En un momento, desesperado, viendo que no conseguiría nunca el amor de Mari Carmen, se mudó a una pensión. Pero ella misma en un encuentro casual en una tienda, lo animó a reinstalarse en el estudio. Y ahí seguía todavía, solo, con el pensamiento puesto siempre en el piso de la señora Mari Carmen.

En su conversación no había reproche ni resentimiento. La excusaba constantemente diciendo que la pobre había pasado mucho y que el recuerdo de

su marido le impedía emprender una nueva vida, como él decía.

Sanchís era un hombre culto y muy sosegado. Era amable y tenía una conversación muy educada. También en el relato de estos detalles tan privados se mostró así. El vino le hizo hablar, pero no le hizo perder su compostura.

Eran más de las tres cuando pagamos y nos fuimos. Yo me acosté y dormí profundamente. Estaba muy cansado. Apenas había dormido nada.

Me levanté a las siete. Estaba desorientado y no sabía qué hacer. Comí algo. Finalmente, mientras escuchaba música en la radio, pensé en los muchos secretos que cada piso encierra.

Antes de las once me acosté y me dormí. Pero tuve tantas pesadillas que a la mañana siguiente me encontraba más fatigado que al comienzo del sueño.

Ana Rosa me invitó a pasar el sábado con ella. La noche del sábado. El plan incluía una cena en cualquier sitio y una vuelta por alguna discoteca. Me acordé de la otra ocasión en que acabamos juntos y la invitación me resultó muy sugerente.

Lo que no me dijo es que saldríamos con Coral y con un amigo suyo.

Coral trabajaba en el taller, en la misma sala que yo, pero en una máquina distinta. La suya cosía unas piezas de tela y las preparaba para montar sobre ellas los dientes de las cremalleras. Yo no había hablado nunca con Coral. Era una chica jovencita muy delgada y muy pálida.

El chico que iba a acompañarla falló. Así que la cosa se iba estropeando. Yo hice como que no pasaba nada. Cenamos en una hamburguesería y pedimos un taxi para llegar a la discoteca. A eso de las doce y media, la discoteca estaba aún medio vacía. No apetecía bailar, porque solo dos o tres parejas estaban en la pista.

Coral hablaba sin parar. Durante la cena y luego mientras tomábamos algo sentados en una mesa de la discoteca. Parecía que tenía una enfermedad o algo

así. Contaba cosas sin poder detener su conversación, agitando mucho las manos en el aire. Y en tanto tiempo nos pudo contar cientos de anécdotas.

Recordó el día que murió Elvis Presley. Ella era muy pequeña y estaba de vacaciones con su familia en la playa. No tenía ni idea de quién era Elvis Presley, pero vio en la televisión algunas imágenes de un hombre gordo y sudoroso con una chaqueta con las solapas levantadas y cargadas de flecos. Le pareció una imagen espantosa, porque la confundió con el calor que ella misma tenía entonces. Por eso no le gustaban las canciones de Elvis Presley y siempre que oía su nombre se imaginaba su cuerpo caído y sudando, ahogado por un calor inhumano, sin poder desabrocharse la chaqueta de flecos y con el pelo lleno de laca.

Pero inmediatamente hablaba de la suposición de algunos de que Elvis no había muerto, sino que preparó el espectáculo mundial de su muerte y se ocultó del mundo en algún remoto lugar de Centroamérica. Ella pensaba que esas cosas eran verdad, lo mismo Elvis Presley que Hitler y otros de los que se dice lo mismo. Se atrevió a teorizar que Michael Jackson también había fingido su muerte para poder desaparecer y ocultarse. Quizá con un anciano Elvis, en un pueblecito de Centroamérica.

Todos sus relatos tenían algo misterioso. Pero con un temor algo infantil. Creía en todo lo que creen los adolescentes, como si viviera siempre en un campamento de verano. Contó experiencias con la güija, casos de cuadros que se caían, de teléfonos que sonaban sin que nadie hablara al otro lado. Lo mejor fue cuando nos contó que se juntaron una vez tres amigas y decidieron invocar a algún espíritu. Ella quedó repentinamente traspuesta. Soñó que estaba sola, en una habitación, mientras en otra contigua sus amigas hablaban sin parar y reían y conversaban con mucha gente.

Al despertar, le explicaron que ella había hablado, sentada a la misma mesa que las otras dos, con voces distintas, pero nunca con su voz. De su boca habían salido quejas, súplicas, llantos, risas, nombres. Todo un catálogo de intervenciones de ultratumba.

Y todo lo contaba con los ojos muy abiertos. Abría y cerraba las manos. No cesaba nunca de contar anécdotas.

Al fin salimos a bailar. Ana Rosa y Coral se pasaron de golpe al Red Bull y a las pastillas. Yo no me atreví, nunca lo he probado y tuve miedo. Preferí, como siempre, el empujón de la ginebra.

La noche no parecía terminar nunca. Las dos chicas estaban fuera de sí, con una energía poco espontánea. Yo decidí dejarlas cuando ya era de día.

Me contaron que enlazaron la fiesta con otras fiestas hasta por la tarde.

El lunes vi sus dos cuerpos arrastrarse hasta llegar a sus puestos en la fábrica. Me sonreí sin querer mirarlas a los ojos.

A media mañana, Coral se quedó dormida en la máquina. La aguja le traspasó la mano y la muñeca, dejando una hilera de puntos y los huesos hechos astillas.

Aduna bajó inmediatamente al ver el lío. Cuando comprendió la situación, gritaba: “¡Accidente laboral! ¡Un accidente laboral!”, como si esa letanía fuese a recomponer la mano de Coral o como si un ángel fuese a bajar desde la ventana y se la fuera a llevar mientras otro limpiaba la sangre.

Mientras contaba todas sus peripecias, Coral abría y cerraba sus manos menudas sin parar.

Los inviernos en esta ciudad son muy secos y muy extremos. Raramente llueve, y cuando llueve siempre acaba nevando, aunque sea un poquito. El frío se cuela por los poros de la piel y es difícil quitárselo de dentro.

Un sábado de invierno especialmente helador había quedado con un antiguo compañero del instituto. Él me llamó, enterado de que estaba en esta ciudad, para vernos un momento. Era abogado de una empresa y tenía una cita con un director de un concesionario de coches. Iban a comer en el restaurante La caza, el que tenía fama de ser el más elegante –y caro– de todos. Quedamos para vernos antes de su cita y charlar un instante tomando un aperitivo.

Calvo casi por completo, mi amigo me esperaba en la barra de la cafetería cuando yo entré. Nos saludamos con las sonrisas de rigor. Me contó lo bien que le

iba y los pormenores de su nueva ocupación. En realidad, nada que no se pudiera saber con sólo mirarlo desde lejos. En el fondo tenía un trabajo como todos, era un empleado más de una gran empresa y llevaba una vida acorde a la posición que él entendía que tenía.

Después de unos cuarenta o cincuenta minutos de charla, apareció el ejecutivo con el que iba a comer. Nos presentó, aunque ya nos conocíamos de vista. Terminó su vino y entraron al comedor.

Yo me quedé un poco más apurando la copa de vino y cruzando unas frases con el camarero, que resultó ser gallego instalado allí por puro azar. En un segundo nos miramos, dándonos a entender que compartíamos azar en aquella ciudad.

Entonces entró Benito Aduna. En la barra no había nadie excepto yo, que ya me iba. Pero él me reconoció y se dirigió a mí. Incluso se permitió la broma de llamarme sabio de la informática mientras se acercaba un taburete para sentarse a mi lado. Con familiaridad pidió al camarero una cerveza y le indicó que me pusiera a mí otro vino.

Ignoro por qué quiso hablar conmigo. En ese momento pensé que verme en aquel lugar tan de su clase me había hecho subir algún puesto en su escala de valores. Pero el hombre comenzó una charla sin prisa, como si no hubiera nada que hacer en ese momento más que hablar.

Por supuesto sólo habló él. Al fin y al cabo, lo que yo pudiera contarle a él le traía sin cuidado y, por el contrario, yo disfrutaba escuchando cómo me contaba él a mí los avatares de su vida.

Pasó más de media hora de épicas narraciones de sus logros empresariales antes de que entrara a hablarme de su vida. Y una vez que entró ahí, sólo tardó unos minutos en hablarme de sus matrimonios. Tres, como yo ya sabía. Pero se puso serio cuando me dijo que la única mujer de la que nunca había estado enamorado era Mari Carmen Sastre. Se lamentaba de que a las dos divorciadas que vivían las llamaran las Adunas sin distinguir entre ellas, como si las dos fuesen igual. No era así. La que murió y la otra eran mujeres normales, cariñosas o serias cuando la ocasión lo mandaba. Pero la Sastre –como la llamaba él– era de otra pasta. Era la persona más zalamera que existía. Embustera desde la mañana a la noche. Se había hecho actriz para poder fingir sin que se lo echaran en cara, porque no podía evitar mentir siempre. A él lo había engañado pretendiendo ser de una manera, llena de ilusión y de cariño, cuando lo único que la llenaba era la

ambición y el egoísmo. No eran iguales, no. Aunque la otra era su amiga y salían juntas, la Sastre se había llevado de su divorcio diez veces más y era la más rica de los tres: el marido y las mujeres.

Había sido su tercera mujer. Con él se casó exclusivamente para divorciarse, para quedarse con parte de su hacienda. Tanto lo engañó, que él mismo pensó que estaba enamorado de ella. Su representación había sido muy buena.

“Huye de las personas embusteras, más que nada de los actores”. Esa frase/consejo era el resumen de toda su perorata. Y se pidió una nueva cerveza.

La mujer lo había conocido desde siempre. Parece que llevó mal que se casara con su amiga de siempre, la primera mujer, la otra Aduna. Pero el divorcio con ésta fue lo que le abrió los ojos. Al quedarse Benito viudo de la segunda mujer, ella se acercó a él con el propósito de ser su tercera esposa. Le contaba zalamerías, le escuchaba sus quejas constantes de los peligros que corren los industriales dándole la razón, se mostraba modosa y prudente. Ella, que había sido una actriz de compañía por Madrid y por otros sitios. “Menuda pieza”, decía constantemente Aduna para redondear sus descripciones.

Al año y medio de casados, sin que mediara una sola discusión, en el momento en que Benito Aduna pensaba que había encontrado una esposa ejemplar, se fue de casa y pidió el divorcio. Aducía que entre ellos se había instalado la monotonía, diciéndolo con un aspaviento teatral y entornando los ojos con tristeza. Y eso en el preciso momento en el que Aduna empezaba a creerse que estaba enamorado de ella.

Pero no. Nunca la había querido. Pero ella le había hecho creer con sus recitaciones de poemas y sus miradas tiernas que el amor era eso, justo lo que él sentía.

Cuando Benito Aduna oyó la palabra divorcio, entendió que de eso nada, que el amor era cualquier cosa menos eso.

Pero lo que peor llevaba el empresario era que se paseara con la otra, con su primera mujer, como demostrando que las dos se habían reído de él. Y la otra no era ni de lejos como ella. Era una bella persona que aceptó el divorcio cuando él se lo pidió, por no dar ni un motivo de queja.

Al final, con el dineral que tuvo que darle a la Sastre, ésta se había comprado varios pisos en el centro. Y me señaló un bloque cercano que era prácticamente suyo.

Al cabo de una hora, le puse una excusa y me fui de allí. Él se estaba pidiendo un café. Se daba por comido.

De camino a mi casa iba ligero para escapar del frío cuanto antes. Pero no pude evitar pararme de golpe cuando, atando cabos, comprendí que el bloque que me había señalado era el mismo en el que vivía Sanchís el conserje. Pensé que la vida trataba muy mal a este pobre hombre.

La primavera vino pronto y además con mucho calor. De golpe habíamos pasado de los abrigos y las bufandas a las prendas finitas y a los paseos lentos por la tarde.

Ana Rosa me invitó a comer un sábado en su casa y yo acepté con mucho gusto. Ella estaba aún bastante afectada por lo de Coral, porque yo creo que sentía un fondo de culpa, como suele ocurrir cuando alguien sale indemne de un accidente cuando su compañero acaba mal parado. Coral ya no trabajaba y andaba arreglando papeles para declararse inválida para su trabajo. Pero lo peor era la tristeza en la que había caído y que aún no dejaba ver cuándo la soltaría y la dejaría ser otra vez como era.

Ana Rosa había prometido hacer una paella y me pidió que no llegase muy pronto para que le diera tiempo de hacerla despacito. La espera la hice en el bar Salamanca. Cuando me estaba tomando una cerveza y pensaba en cuánto tiempo llevaba trabajando en la ciudad, me llamaron por la espalda y al volverme vi a Sito. No lo veía desde cinco meses antes por lo menos, desde el verano. Me dio mucha alegría verlo, no supe bien por qué.

Sito no parecía Sito, estaba bien arreglado, casi elegante, peinado y afeitado. Lo tuve que reconocer por la voz y la manera de hablar, porque eso sí que no le había cambiado.

Yo no podía creerlo cuando me decía que estaba trabajando. Tenía un trabajo que le había buscado una chica, y creí entender que era su novia o algo así. Por lo menos vivían juntos. El caso es que ahora iba bien vestido por requisitos de su nuevo estado social. Ganaba dinero y pensaba en cosas que antes yo creo que ni se le habían pasado por la sesera. Incluso llegó a proponerme a mí que intentase entrar en su empresa como vendedor de material de ferretería. Yo miraba de reajo a Rafa, que desde detrás de la barra y sirviendo a los clientes hacía como que no oía nada. Su cara seria de siempre tenía un fondo irónico de sorna. Pero por respeto a su amigo no abrió la boca. Supuse que quería dejar una oportunidad para Sito, creer por un momento que Sito podía salir de su propia vida y cambiar.

Mientras oía a Sito hablar y veía la semiguasa de Rafa, pensaba si yo le daba esa confianza, si yo creía que aún tenía alguna posibilidad de cambiar. Viendo la sonrisa feliz de Sito me dio rabia darme cuenta de que yo no creía en absoluto en la posibilidad de que el eterno drogata llegase a organizar sus días sin caer en su propio pasado. Yo, el que comprendía todas las conductas, no dejaba sin embargo que alguien quisiera cambiar de conducta. Somos una caja de sorpresas.

La paella estaba ligeramente salada. Por lo demás, una delicia. Igual que la tarde que pasé con Ana Rosa, charlando entre cafés y copas, charlando de lo mucho y lo poco. Ese día fue cuando me dijo que estaba pensando en dejar la empresa. Reconozco que no me sentó bien, que lo tomé como una traición, aunque no lo era porque ninguna lealtad se me debía a mí ni mucho menos a la empresa. El caso es que ella andaba buscando otro empleo. “Y si es posible, en otro sitio”.

El lunes siguiente, en el taller, yo no podía dejar de pensar en que pocas cosas me podían retener en aquella fábrica, en aquella ciudad. A media mañana, Ana Rosa bajó de la oficina y se me acercó. Me extrañó que viniera así, en medio del trabajo. Me dijo que se aburría en el despacho, porque el jefe no había llegado aún a su puesto y sin sus órdenes ella no tenía nada que hacer. Era extraño que no hubiese llegado todavía, nunca había sucedido.

Un poco después llegó al taller un hombre que yo no conocía ni de vista. Habló con el gerente y con Ana Rosa en el despacho. Yo miraba desde mi puesto, de reajo, sin querer ver lo que sucedía. Pronto se nos comunicó la noticia de que Benito Aduna había muerto esa mañana.

Cuando una de las asistentes entró en su cuarto se lo encontró en la cama y

quiso llamarlo porque ya era tarde. No se despertó: estaba muerto. Algo de corazón, se dijo entonces. No me enteré de los detalles. La mujer corrió a la calle como desesperada, gritando en las puertas vecinas que se había muerto don Benito. Era la última novedad que pudo publicar de esa casa. Iba como loca, aumentando a cada paso sus gritos y sus gestos. Como era difícil entender lo que decía, las vecinas tardaron un tiempo en calmarla y en subir a la casa del muerto. La policía se tuvo que hacer cargo de los trámites. Un encargado de la funeraria fue quien llegó a la fábrica a dar la noticia en persona. No quiso llamar por teléfono, quizá por tener un protagonismo, aunque fuera menor, en el último suceso de aquel prohombre de la ciudad. En la reseña del periódico del día siguiente lo llamaron prohombre y glosaron los grandes beneficios que su obra empresarial dejaba para los conciudadanos.

Murió sin pensar que se iba a morir, así que no había dejado preparado nada, ni órdenes para la empresa, ni órdenes para su casa, ni órdenes para su entierro. A los dos días, se le hizo un funeral en la propia fábrica, en una sala suficientemente amplia para que cupiéramos todos los trabajadores. Al salir, como la jornada de trabajo se había anulado, fui a pasear con Ana Rosa. Nos sentíamos extraños en la calle a esa hora. Entonces le dije que me iba, que dejaba la empresa y que me iba a buscar otra cosa. Quizá en Madrid o en Barcelona, tenía ganas de una ciudad grande.

Ella no dijo nada de venir conmigo, ni yo lo esperaba. Sus planes de salir de allí seguían en la cocina de las ideas, pero para ella debía de ser mucho más difícil porque era de allí, allí tenía hecha la vida. Por fin nos separamos con una vaga sensación incómoda, una sensación que me hizo muy difícil quedarme solo en mi casa esa tarde.

El día que me despedí de la empresa de Benito Aduna volví a pensar en los meses que había pasado allí entre toda aquella gente a la que había considerado durante ese tiempo mis amigos. No he vuelto a saber nada de ninguno de ellos.

Egina, Alcázar de San Juan
2009